

JCS3

.L82

1827



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

DEL AÑO DE 1827

# GOBIERNO CIVIL,

SEGUNDO DE

CARTA

SOBRE LA TOLERANCIA.

---

DE LA CONDUCTA  
DEL ENTENDIMIENTO.

Quid tam temerarium, tamque indigam  
sapientis gravitate atque constantia, quam  
aut falsum sentire, aut quod non satis  
explorate perspectum sit, et cognitum, sine  
ulla dubitatione defendere?

(CICER. DE NATUR. DEOR., l. I, c. 1.)

---

INTRODUCCION.

§. I.

El entendimiento es el juez en última  
apelacion á que recurre el hombre, para  
conducirse; porque aunque se distinguen

las facultades intelectuales, y se da el supremo dominio á la voluntad, como á un agente, es sin embargo verdad que el hombre mismo, que es el agente, se determina á hacer esta ó aquella accion voluntaria, en virtud de algun conocimiento, verdadero ó falso, que hay en el entendimiento. No existe hombre ninguno que emprenda una cosa, sin tener un fin que le sirva de motivo para hacer lo que hace: y de cualesquiera facultades que haga uso, bien ó mal informado el entendimiento, le sirve siempre de guia con su luz; cuya luz, verdadera ó falsa, dirige todas sus facultades activas. La voluntad misma, por mas absoluta é independiente que la creamos, no deja nunca de obedecer á las decisiones del entendimiento. Los templos tienen sus imágenes consagradas, y vemos que influjo tuvieron ellas siempre sobre una gran parte del género humano. Pero es preciso confesar que las ideas é imágenes pintadas en el espíritu de los hombres, son las potestades invisibles que los gobiernan; y les

tributan á ellas todos una ciega sumision. Tenemos pues el mas esencial interes en cuidar con una suma solicitud del entendimiento, para conducirle bien en la investigacion de los conocimientos, y en los juicios que él forma.

La lógica que está hoy dia en uso, dominó, hace ya tanto tiempo, en todas las cátedras de las escuelas, en que la enseñan como el único medio de dirigir el espíritu en el estudio de las artes y ciencias, que corre peligro de pasar por un hombre que afecta singularidad, el que sospecha que aquellas reglas, que se siguiéron por espacio de dos ó tres mil años, y que los doctos abrazáron sin quejarse de sus defectos, no bastan para guiar el entendimiento. Aun temeria yo que semejante empresa fuera notada de vanidad ó preocupacion, si no la justificará la autoridad del ilustre canceller Bacon. Muy remoto este de creer de un modo servil, que no podían llevarse las ciencias mas allá del grado á que habian llegado ellas entónces, por-

que no las habian adelantado de modo ninguno hacia ya muchos siglos, no se paró en una floja aprobacion de lo que existia, á causa de que ello existia, sino que elevó sus miras hasta lo que podia ser. He aquí en que términos habla de la lógica, en el prólogo de su *Novum Organum* (1). « Los que habian formado, dice, un tan alto concepto de la lógica, y que creian que de ella podian sacarse sumos auxilios para las ciencias, advirtiéron grandemente que no era cosa segura el fiarse en el entendimiento

(1) Qui summas dialecticæ partes tribuerunt, atque inde fidissima scientiis præsidia comparari putarunt, verissimè et optimè viderunt intellectum humanum, sibi permissum, meritò suspectum esse debere. Verùm infirmior omnino est malo medicina; nec ipsa mali experta. Siquidem dialectica, quæ recepta est, licet ad civilia et artes, quæ in sermone et opinione positæ sunt, rectissimè adhibeatur; naturæ tamen subtilitatem longo intervallo non attingit, et prensando quod non capit, ad errores potius stabiliendos, et quasi figendos quàm ad viam veritati aperiendam valuit.

humano, sin pertrecharle de algunas reglas. Pero el remedio es totalmente ineficaz contra la dolencia, y no carece él mismo de inconveniente: porque la lógica, que está en uso, aunque ella puede servir en los negocios civiles y artes, en que solamente se trata del language y opiniones, no llega sin embargo ni con mucho á la sutileza de la naturaleza; y no haciendo ella mas que correr tras lo que no le es posible alcanzar, sirve mas bien para establecer y confirmar el error, que para mostrar las sendas que guian á la verdad. « Por esto añade algo mas adelante (1): « Hay absolutamente necesidad de llegar á un método mas seguro y puntual, para guiar las operaciones del espíritu y entendimiento humano.

(1) Necessariò requiritur ut melior et perfectior mentis et intellectûs humani usus et adoperatio introducatur.

## §. II.

## De los Talentos naturales.

Todas las gentes reconocen que hay una suma variedad en los talentos de los hombres; y que los unos son naturalmente tan superiores á los otros, que no hay arte, ni industria ninguna, que puedan hacer á estos capaces de lo que aquellos hacen sin trabajo. Se ve una grande desigualdad de talentos entre hombres que han tenido la misma educacion. Las selvas de la América, igualmente que las escuelas de Atenas, producen hombres de diferentes capacidades en la misma especie, ó con respecto á unas mismas cosas. Aunque esto es verdad, me parece sin embargo que los mas de los hombres no llegan tan adelante como podrian llegar, á causa de que no cuidan de cultivar su entendimiento. Se discurre uno que basta un corto número de reglas de lógica, aun para los que aspiran

al supremo grado de perfeccion; pero hallo que hay muchos defectos naturales en el entendimiento, que podriamos corregir, y en los cuales no paramos la consideracion. Es fácil de echar de ver que los hombres incurren en muchas faltas relativas al ejercicio y cultura de esta facultad intelectual; lo cual les impide hacer progresos, y los retiene en la ignorancia y error toda su vida. Notaré algunos defectos de estos, é indicaré, en lo sucesivo de este discurso, los remedios que me parecen mas acomodados para preservarse de ellos.

## §. III.

## Del Raciocinio.

Ademas de la falta de ideas determinadas, de ejercicio y sagacidad para hallarlas medias, y coordinarlas, hay tres defectos en que caen los hombres con respecto á su razon; lo cual impide que esta facultad les preste el servicio que podrian sacar de ella,

y á lo que estaba destinada. Basta con reflexionar algo sobre las acciones y discursos de los hombres, para echar de ver que las faltas que ellos cometen sobre este particular son frecuentes y fáciles de reconocer.

1. La primera especie, de este género, se nota en los que no racionan casi nunca, piensan, ni obran mas que por el ejemplo de los demas, parientes, amigos, vecinos; ministros, ó de cualquiera otra persona que les agrada elegir por guia, con la mira de ahorrarse el cuidado y embarazo de pensar y examinar por sí mismos.

2. La segunda especie se ve en los que siguen su pasion únicamente, sin querer dar oidos á su razon, ni á la de los otros, resueltos á no admitir mas que lo que lisonjea sus antojos, ni mas que lo que cuadra con sus intereses, ó favorece su partido. Las gentes de este genio se pagan casi siempre de palabras que no tienen idea ninguna distinta; aunque, con respecto á ciertas cosas, sobre las que no estan instruidos, y en que

su oculta inclinacion no está interesada, no carecen de habilidad para discurrir con rectitud, ni de paciencia para entender de razon.

3. La tercera especie de defectos es la de los hombres que estan dispuestos á oir de buena fe la razon, pero que, por falta de la necesaria extension intelectual, de un delicado y sólido juicio, no abrazan cuanto se refiere á la cuestion, y que puede ser de consecuencia para decidirla. Tenemos todos corta la vista, y no vemos á menudo mas que un solo aspecto de la materia, sin poder descubrir cuanto puede tener alguna conexion con ella. No hay ninguno, en mi concepto, que se halle exento de este defecto. No vemos mas que en parte, ni conocemos mas que en parte; de modo que no hay que extrañarse, si deducimos consecuencias poco justas de nuestras consideraciones parciales. Lo cual podria dar á conocer al hombre mas aferrado en su mérito, que es muy útil consultar con los otros, sin exceptuar los que no llegan á su ciencia y

penetracion. Supuesto que uno solo no lo ve todo, y que tenemos diferentes ideas de una misma cosa segun el diferente aspecto bajo el que la consideramos, ningun hombre debe tener á menos el probar si otro tiene algunas nociones particulares que se le han ocultado, y de las que él mismo hubiera hecho uso, si le hubieran ocurrido en la mente. La facultad de raciocinar no engaña casi nunca á los que se fían en ella; las consecuencias que deduce de los principios que ella misma admite, son evidentes y ciertas; pero lo que nos extravía con mayor frecuencia, ó por mejor decir, la fuente única de nuestros errores, es que los cimientos sobre que fundamos nuestros raciocinios, no son mas que una parte de la cuestion; le falta algo, que deberia entrar en la cuenta, para hacer justo y puntual el cálculo. Con respecto á esto, los ángeles y espíritus separados de la materia pueden llevarnos una casi infinita superioridad. A proporcion que son superiores á nosotros, pueden tener facultades mas nobles y que

se extiendan mas adelante. Quizas hay algunos de ellos que tienen una vista exacta y perfecta de todos los seres finitos que ellos contemplan, y que pueden reunir de una ojeada, por decirlo así, todas las relaciones dispersas y casi innumerables. ¡Cuanta razon no tiene un espíritu de esta capacidad para apoyarse sobre las consecuencias que él saca!

Se ve en esto por que causa varios hombres estudiosos, habituados á reflexionar, que discurren adecuadamente en muchas cosas, y que son amantes de la verdad, hacen tan pocos progresos en sus descubrimientos. Estan el error y verdad tan mezclados uno con otro en su espíritu, que sus decisiones no pueden menos de ser vacilantes y defectuosas. Esto dimana de que ellos no conuersan mas que con una clase de hombres, que no leen mas que una especie de libros, ni quieren dar entrada mas que á una suerte de ideas. Se acantonan, por decirlo así, en un rinconcillo del mundo intelectual, y se lisonjean de gozar

allí enteramente solos de la luz del sol, suponiendo que todo lo restante de esta inmensa estension está cubierto de tinieblas, á las que por este medio se dispensan de acercar. Podemos compararlos tambien con unos negociantes que hacen un lucrativo tráfico con los habitantes de alguna pequeña ensenada, á que limitan todo su comercio : tienen bastante industria para utilizarse bien de los géneros de aquel reducido rincon ; pero no quieren aventurarse en el vasto Océano de la naturaleza , para descubrir los tesoros que ella derramó en otros parages, y que no son de menor quilate, menos sólidos, ni menos útiles, que lo que la suerte les ha destinado en su corto territorio, de cuya abundancia se admiran, y en el que creen encerrado cuanto bueno hay en la tierra. Los que permanecen ceñidos así al recinto de su pais; que no quieren tender la vista mas allá de los límites que el acaso, capricho, ú holgazanería pusiéron á sus indagaciones, y que no se dignan de informarse de las nociones,

de los discursos y adelantamientos de lo restante del género humano, pueden compararse muy fundadamente con los habitantes de las islas Marianas, que, separados del continente por una vasta extension de mar, se tenian por el único pueblo que habia en la tierra. Estos isleños eran tan bisoños en orden á las conveniencias de la vida, que ignoraban el uso del fuego, hasta que se les enseñaron los Españoles, no ha muchos años, en sus viages de Acapulco á Manila. Pero lo que parece mas asombroso, es que en medio de todas sus necesidades, y de la casi absoluta ignorancia de todas las cosas, aun cuando supiéron de boca de los Españoles, que habia otras muchas naciones en que florecian las ciencias y artes, y en que se gozaba de todas las comodidades de la vida, se miraban como la mas dichosa y sabia nacion del mundo. A pesar de todo esto, no creo que ninguno se imagine que ellos son grandes filósofos ó profundos metafísicos, ni que los mas hábiles llevan muy adelante los preceptos de la moral ó polí-

tica, ni que ninguno de los mas ilustrados extiende sus conocimientos mas allá del corto número de cosas que su isla, y las inmediatas, le suministran diariamente. Se confesará sin duda, por el contrario, que ellos no se acercan á aquella extension intelectual, que hace el ornamento de un hombre dedicado á la verdad, auxiliado por el estudio de las buenas letras, y acostumbrado al libre exámen de las diferentes opiniones de todos los partidos. Que los que aspiran pues á descubrir la verdad en toda su extension, no limiten sus miradas á lo que los rodea de tan cerca, ni se imaginen que ella no se halla mas que en las ciencias que ellos estudian, y en los libros que leen. El condenar las nociones de los otros, ántes de haberlas examinado, no es mostrar que son obscuras, sino sacarse los ojos para no ver en ellas. *Experimentadlo todo, retened lo que es bueno* (1), es un precepto que procede del padre de la luz y verdad.

(1) *Thess. I, c. 5, vs. 21.*

Ni hay otro medio ninguno, si queremos gozar de este tesoro y rico metal, mas que el de escudriñar en las entrañas de la tierra, y remover mucha basura. Acompañan la arena y guijarros casi siempre á esta mina, pero el oro no deja de ser oro por ello; y cuanto hombre se toma la molestia de buscarle, no puede menos de enriquecerse. Aun no es de temer que nos engañe la mezcla; supuesto que tenemos todos una piedra de toque, si queremos valernos de ella, para distinguir el oro verdadero del oropel, y la verdad de lo que tiene sus visos únicamente. Si perdemos el uso de esta piedra de toque, quiero decir de la razon, y que ella se echa á perder, no dimana esto mas que de las preocupaciones que se abrazan, de la soberbia que nos obceca, y de los estrechos límites á que reducimos nuestro entendimiento. Por falta de ejercitarle en toda la extension de las cosas inteligibles, su luz se debilita insensiblemente, y se apaga enteramente casi. No hay mas que recorrer los diferentes estados de los hombres,



y se verá que no siento mas que una cosa justa. El jornalero que vive en una aldea, no tiene comunmente mas que una reducida provision de conocimientos, á causa de que ha rétenido sus ideas en los estrechos límites de una conversacion estéril, y de una ocupacion baja y ruin. Llega mas adelante el artesano de una ciudad de provincia; los ganapanes y chafallones de las grandes ciudades sobrepujan á uno y otro. Un hidalgo de lugar, despues de haber dejado todo su latin y erudicion en la universidad, se retira á su patrimonio, y se asocia con los vecinos suyos de la misma calaña, cuyas únicas inclinaciones son la caza y el vino. Consume todo el tiempo con sus amigos, no conversa mas que con ellos, y no puede sufrir ninguna reunion de gentes, en que se hable de otra cosa que de buen vino y francachelas. Formado en tan buena escuela un patriota de la especie de este, no puede, como se ve; dejar de pronunciar gravísimas sentencias, cuando se halla sentado entre los jueces, y de dar sobresalien-

tes pruebas de su habilidad en política, cuando el peso de sus guineas y la fuerza de su partido le han elevado á un eminente puesto. Es cierto que un novelero que frecuenta los cafées de la ciudad, es un famoso estadista, comparado con este hidalgo, y que le sobrepuja tanto, como un palaciego sabe mejor los enredos de la corte que un simple mercachifle. Llevemos mas adelante la consideracion: aquí, verémos á un hombre consumido de zelo en favor de su secta, é imbuido con la infalibilidad que él le atribuye, no querer tocar un libro del partido contrario, ni entrar en disputa con ninguno que ponga en duda alguna de las cosas sagradas á su vista; y allá, á otro examinar las controversias de religion con un espíritu justo y desinteresado, y probablemente hallar que no hay secta ninguna que no tenga algun defecto. Nota por otra parte que estas divisiones y todos estos sistemas proceden de los hombres, y llevan impreso el sello de la falibilidad; y á proporcion que va profundizando las cosas, ve que

hay mas que decir en favor de algunas ideas de sus adversarios, que lo que él se habia imaginado al principio. Ahora bien ¿cual de estos dos hombres parece mejor dispuesto para juzgar sanamente sobre las controversias de religion, y hacer mas progresos en la investigacion de la verdad, que es el fin que tenemos todos en la mira, si ha de dársenos crédito? Por lo demas, supongo que cuantos acabo de mentar, y que son tan desiguales en instruccion y conocimientos, tienen con corta diferencia los mismos talentos naturales, y que cuanta diferencia existe entre ellos, no proviene mas que de la educacion, y de los medios que han tenido de llenarse la cabeza de ideas y observaciones, para ejercer su espíritu y formar su entendimiento.

Si se me pregunta ¿quien puede tener la necesaria idoneidad para todas estas cosas? respondo que hay mucho mas que lo que nos imaginamos. Cada uno sabe cual es su deber, y lo que las gentes esperan de él, segun las prendas de que hace profesion;

aun hallará suficiente tiempo y ocasiones, para pertrecharse de cuanto le es necesario, si, por una estrechez de ánimo, no renuncia él mismo de los auxilios que tiene á la mano. No digo que para ser buen geógrafo, sea preciso que un hombre recorra todas las montañas, rios, promontorios, bahías y puertos que hay en la superficie del globo; ni que visite los edificios y apeee las tierras, como si quisiera hacer la adquisicion suya. Pero se me confesará que un hombre, que viaja con frecuencia en un pais, y que le atraviesa en todas las direcciones, le conocerá mejor que otro, que, semejante á un caballo atado á una rueda, sigue siempre la misma senda, y se ciñe á los estrechos límites de uno á dos campos que le agradan. Quanto hombre se informe de los mejores libros que se hallan sobre cada ciencia, y de los principales autores de las mas de las sectas, tanto en filosofía como en religion, reconocerá que no es una obra infinita el instruirse en el modo de pensar del género humano sobre las mas

importantes materias. Que ejerza su razon con toda libertad, tan adelante como estos objetos puedan conducirla; su espíritu adquirirá nuevas fuerzas, su concepcion se volverá mas fácil con ello, y todas sus facultades se harán mas superiores. El dia, en que las partes remotas de la verdad se comuniquen unas con otras, le ayudará tan bien á juzgar sólidamente de las cosas, que no se engañara casi, ó que á lo menos dará señales de un espíritu claro, y de un conocimiento universal. No sé que haya otra via, para perfeccionar el entendimiento, y dar toda la posible extension á sus conocimientos; ni tampoco para distinguir los dos genios mas opuestos que conozco en el mundo, quiero decir, un lógico ergotista y un filósofo que raciocina justamente. Pero cuanto hombre quiere dar así vuelo á su espíritu, y va en busca de la verdad por todas partes, debe cuidar de formarse ideas distintas en todas las cosas á que dedica su pensamiento, y juzgar por sí mismo, sin pasion, de cuanto recibe de los otros, sá-

quelo ya de sus escritos, ya de sus discursos. No conviene que el respeto ó preocupación hagan bella ó déforme ninguna opinion suya.

## §. IV.

## Del Ejercicio del espíritu y de los Hábitos.

Nacimos con facultades capaces de llevarnos mucho mas adelante que lo que se piensa; pero únicamente su ejercicio nos habilita en cualquiera cosa, y nos acerca á la perfeccion.

Seria cosa difícil que un labrador, de treinta ó cuarenta años, pudiera recibir la educacion y tomar los modales de un caballero, aunque tenga el cuerpo tan bien proporcionado y las coyunturas tan flexibles, y que no le vaya en zaga con respecto á los dones naturales del alma en nada. Las piernas de un bailarín, los dedos de un tañedor, forman, sin advertirlo ni tomarse la menor molestia ellos, movimientos regulares y admirables. Mandémosles que muden

de papeles, y en balde se esforzarán á lograrlo; son necesarios el tiempo y una dilatada práctica, para llegar á un cierto grado de habilidad en toda especie. ¿A que asombrosa é increíble agilidad no habitúan los volatineros y saltadores sus cuerpos, aunque en las mas de las artes mecánicas haya obras tan maravillosas como estas habilidades? Pero nombro las que la gente admira, y que por esto cuestan dinero, cuando se desea verlas. Todos aquellos movimientos extraordinarios, que sobrepujan casi á la imaginacion de los expectadores que no entienden nada de ello, no son otra cosa mas que un efecto del hábito é industria de ciertos hombres, cuyos cuerpos no tienen nada de particular que los distinga de los del populacho, al que tienen embelesado.

Sucede con el espíritu en este particular lo mismo que con el cuerpo; y si examinamos de cerca las cosas, hallaremos que las mas de aquellas grandes y admirables prendas que pasan por dones naturales, no son mas que el fruto del ejercicio, y que

ellas no llegan á algun grado de perfeccion mas que por medio de reiterados actos. Hay hombres, por ejemplo, que saben chancarse agradablemente; otros que entienden de hacer cuentecillos muy oportunos, y de un modo gracioso. Se cree comunmente que es un mero efecto del acaso, mayormente que no se adquieren estos dones con reglas, y que los que sobresalen en uno ú otro, no se dedican nunca á enseñarlos como un arte. Pero si se profundiza la cosa, se verá que un chiste, ó una historieta, que tuvieron la fortuna de ser acertados y ganar la aprobacion de alguno, estimuló al decidior á volver de nuevo á ello, y dirigió sus pensamientos y ahinco hácia aquella parte; hasta que por último se adquirió insensiblemente una tan grande facilidad, que se atribuye á la naturaleza lo que dimana mas bien del uso y práctica. No niego que la disposicion natural pueda ser con frecuencia la primera causa de esto; pero no conduce ella jamas á un hombre muy adelante, sin ejercicio; y solamente

la práctica conduce las facultades intelectuales, tan bien como las corporales, á su perfeccion. Mas de un talento poético permanece sepultado en un vil oficio, y no produce nunca nada, por falta de cultura. Vemos que el modo de discurrir y raciocinar es muy diferente en la corte y en la universidad, aunque con respecto á una misma materia. Si se pasa de la sala de Westminster á la Lonja, se halla allí otro muy diverso language, y un ingenio muy diferente, aunque aquellos, cuya suerte los fija en la ciudad, no hayan nacido con dotes distintos de los que recibieron su educacion en la universidad ó escuelas de derecho.

Cuanto he dicho hasta ahora sirve para mostrar que las diferentes capacidades, que se notan entre los hombres con respecto al talento, no proceden tanto de sus facultades naturales, como de los hábitos que ellos contrajéron. Nos mostraríamos de un hombre que tomara á un quintero de aldea, de edad de cincuenta años, para

formar de él un hábil bailarín. Pero el que tratara de enseñar á un hombre de esta edad, sin estudio ni educacion, á discurrir rectamente ó á expresarse noblemente, no tendria mejor acierto en ello; aun cuando le pusiera á la vista una coleccion de todos los preceptos de la lógica, ó el arte de hablar. No es hábil uno, por haber oido expresar algunas reglas, ó por haberlas tomado de memoria; la práctica forma el hábito, sin reflexionar sobre la regla; y formarémos tan pronto á un buen pintor, ó hábil músico, con una leccion que le demos de estas artes, como á un razonador exacto con ciertas reglas, en que le mostremos los fundamentos del buen raciocinio.

Supuesto que los defectos y debilidad del entendimiento humano, igualmente que de las demas facultades, dimanen de que los hombres no hacen un buen uso de su espíritu, me inclino mucho á creer que no lleva uno razon en echar la culpa de esto á la naturaleza, y quejarse de sus talentos,